



Museos de arqueología en La Paz

Los que fueron, los que no fueron y los que son

Juan Villanueva Criales*

Resumen

Se desarrolla una breve historia de los museos de arqueología en la ciudad de La Paz (Bolivia), rastreando la formación de las colecciones que se exhiben en los museos paceños, y ligándolas con la historia intelectual y política boliviana. El texto incluye a los museos públicos y privados entre mitad del siglo XIX y mitad del siglo XX; dos proyectos no realizados de museo entre los años 1950 y 70; y la historia reciente de los tres museos que presentan materiales prehispánicos actualmente.

Palabras clave:

historia de la arqueología, museos, Bolivia, sociedades geográficas, nacionalismo.

Abstract

We develop a brief history of the archaeological museums of La Paz (Bolivia), tracking the formation of collections exhibited in the city museums, and linking them with the intellectual and political history of Bolivia. This paper includes public and private museums from mid-19th to mid-20th centuries; two unsuccessful museum projects between the 1950s and 70s; and the recent history of the three museums that display pre-Hispanic materials nowadays.

Keywords

history of archaeology, museums, Bolivia, geographical societies, nationalism.

* Museo Nacional de Etnografía y Folklore; Carrera de Arqueología, Universidad Mayor de San Andrés.
Correo electrónico: juan.villanuevacriales@gmail.com

Las colecciones y museos de arqueología de una ciudad reflejan lo que su población (aquella que accede a los museos) aprende y piensa sobre el pasado local y nacional, especialmente cuando estas narrativas son emitidas desde instituciones públicas. Este pasado remoto, en el caso boliviano, está relacionado con el manejo ideológico y político del pasado, los proyectos de país y las tensiones entre tradición y modernidad.

Este artículo recorre la historia de los museos en La Paz que presentaron y presentan el pasado prehispánico. Estudios recientes han recorrido el tema de museos arqueológicos en toda Bolivia (Rivera 2019). Sin embargo, nos concentramos en La Paz porque, aunque los proyectos museísticos iniciales surgen en distintas ciudades, la sede del gobierno boliviano es trasladada a La Paz en 1900, marcando una trayectoria de conformación de museos distinta a las de otras regiones bolivianas, donde tuvieron preponderancia los museos universitarios (Rivera 2019). Así, la institucionalización gradual de museos nacionales es un fenómeno principalmente paceño, así como los discursos que relacionan nación y arqueología, fomentados por la cercanía de La Paz con el emblemático sitio arqueológico de Tiwanaku y otros de la cuenca del Titicaca. Esta historia es una de mujeres y hombres que se agrupan, se enfrentan e impulsan proyectos; de instituciones que se crean y se deshacen; y de colecciones que se forman, se guardan, esconden, exhiben, trasladan, reúnen y separan, sobre el trazado arquitectónico de una ciudad (Figura 1) y al calor de las coyunturas políticas, cambiantes y convulsas en Bolivia.

Comenzaremos hablando de los museos que ya no existen (museos que fueron), formados entre la fundación de la República en 1825 y mediados del siglo XX. En ese apartado distinguimos la historia institucional del primer Museo Público, de las colecciones y museos privados, más ligados con las biografías de sus propietarios, pero importantes para la museística paceña. Posteriormente, dos proyectos inconclusos (museos que no fueron) entre los años 1950 y 70, ilustrarán la transición de mitad de siglo, establecida por la Revolución Nacional de 1952, y el reemplazo gradual de una élite por otra, tanto en política como en arqueología. Finalmente, recorreremos las décadas recientes, marcadas por la consolidación de los tres museos que hoy presentan el pasado prehispánico en La Paz (museos que son). Intentaremos vincular esta historia con los momentos de la política boliviana y con algunos personajes e hitos del desarrollo de la arqueología boliviana.

Los museos que fueron

Los paceños de 1825 no eran ajenos a la idea de museo, aunque denominaban así a colecciones de objetos curiosos, dentro del paradigma del anticuarismo. Según indica Cavero (2006), el primer museo de este tipo arriba en 1807, justo entre las rebeliones indígenas de 1781 y el levantamiento urbano de 1809. Bajo el influjo de las nuevas ideas Borbónicas sostenidas por la corona española, esta colección itinerante agrupa-

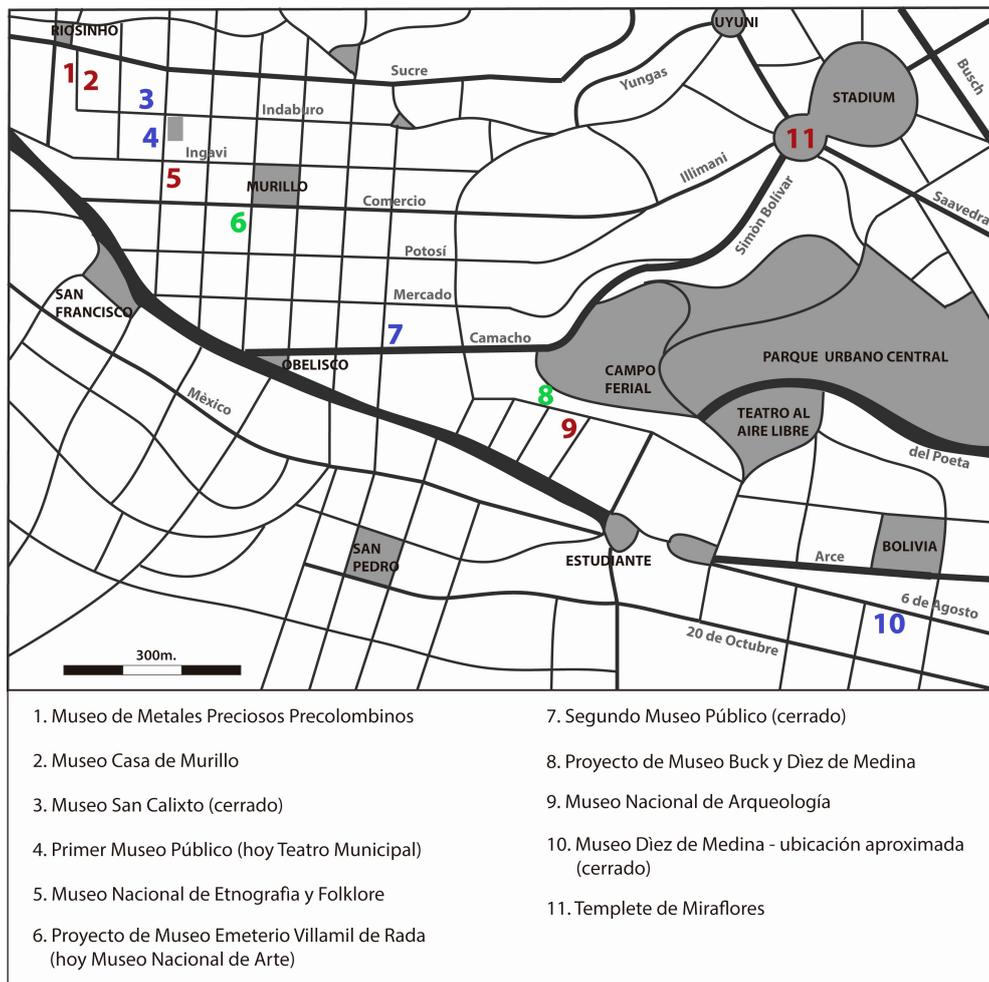


Figura 1. Ubicación de los museos mencionados en el texto. En azul, museos que fueron; en verde, museos que no fueron; en rojo, museos que son (Ilustración: J. Villanueva).

ba rarezas naturales, piezas arqueológicas de Mesoamérica y muestras de iconografía y heráldica.

Es probable que las colecciones privadas pacañas existiesen antes del nacimiento de la República. Federico Díez de Medina, un protagonista de esta historia, realiza un breve recuento de estos “museos privados” en Bolivia: aquellos pertenecientes a Argandoña, Urioste o Urriolagoitia (Díez de Medina 1954). Estos apellidos connotados de la élite sugieren que dichos museos, cerrados al público, eran signos del carácter culto y erudito de las clases altas urbanas, aunque desconocemos el contenido y destino de estas primeras colecciones.

El Museo Público

Primeros años (1838 – 1896). Una de estas colecciones constituye el primer guiño del anticuarismo paceño hacia la instrucción y educación públicas. Para 1838, el obispo José Manuel Indaburu, primer cancelario o rector de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) en 1830, donó al Estado “un valioso conjunto de piezas arqueológicas, etnográficas y de objetos procedentes del país como del extranjero, que comprendían los tres reinos de la Naturaleza” (Hertzog 1946:1). Estas esperaron para ser expuestas ocho años, durante los cuales la joven república boliviana consolidó su independencia ante los últimos ejércitos realistas. La batalla definitiva fue la de Ingavi en 1841, cuyo vencedor, el General José Ballivián, asumió la presidencia de la nación. El Teatro Público de La Paz, hoy Teatro Municipal (Figura 2a), se inauguró en 1845 en presencia de Ballivián con la presentación del Himno Nacional. Ese edificio de atmósfera tan patriótica pasó a albergar la Biblioteca Pública y la colección de Indaburu, a la que Ballivián mismo aportó algunos trofeos de guerra, formando el Museo Público o Museo La Paz (Browman 2007a; Rattunde 2017). Se inauguró en 1846, dos años después de la muerte de Indaburu, bajo dirección del doctor Manuel Fernández de Córdoba (Hertzog 1946), del que poco se sabe, aunque probablemente esté emparentado con el obispo paceño del mismo nombre.

Los primeros cincuenta años del museo fueron precarios. Quizá por carencias de espacio, parte de la colección se guardaba en el vecino Colegio Ayacucho (Iñiguez 1989). Al depender de un municipio paceño de escasos recursos, el museo terminó convertido en un “montón de basura” en 1871, durante el gobierno de Mariano Melgarejo (Ponce Sanginés 1994), uno de los caudillos militares más notorios de esos tiempos inestables y convulsos.

Las siguientes noticias sobre el museo son posteriores a la derrota boliviana en la Guerra del Pacífico (1879–1884), que significó la pérdida de significativo territorio, recursos y acceso al mar. En medio de la estabilización que emprenden los gobiernos conservadores, el municipio paceño reestructura el Museo Público separándolo de la biblioteca. El nuevo museo, estrenado en 1885, se ubicó en la calle Loayza, en el edificio del hospital Landaeta, al lado del templo de San Juan de Dios (Figura 2b). Según la monografía de La Paz de Luis Crespo (1902), en su portada, sobre el escudo paceño, se leía la frase aymara de Carlos Bravo *Ayum-aru*, “la palabra antigua”.

La referencia al trabajo del geógrafo y archivista Carlos Bravo es significativa, pues este formaba parte de la nueva generación de pensadores que fundó la Sociedad Geográfica de La Paz (SGLP) en 1889, junto con Agustín Aspiazu, Belisario Díaz Romero, José María Camacho o Rigoberto Paredes. Al igual que las de otros países latinoamericanos o la de Sucre fundada en 1887, esta sociedad se creó siguiendo el modelo de la Royal Geographical Society de Londres, auspiciando conferencias, excursiones y editando un Boletín (Sagárnaga 2002). El afán por conocer el territorio boliviano guiaba a estas or-



Figura 2. Ubicación de los primeros museos en La Paz. (a) Teatro Municipal, donde se ubicó inicialmente el Museo Público. (b) Calle Loayza, donde se ubicó el Museo Público desde 1885. (c) Avenida 6 de Agosto, donde se ubicaba el Museo Arqueológico Díez de Medina. (d) Colegio San Calixto, donde se alojaba el Museo del padre Sempere (Fotos: J. Villanueva).

ganizaciones civiles, como respuesta al trauma del Pacífico, ocasionado por un escaso conocimiento de la geografía patria.

De Museo Público a Museo Nacional (1896 – 1921). Manuel Vicente Ballivián encarna este énfasis geográfico, pasando rápidamente a ser uno de los socios más activos de la SGLP y a presidirla. En 1896, pasó a dirigir la Oficina de Inmigración, Estadística y Propaganda Geográfica del Ministerio de Guerra, creada por el presidente Fernández Alonso. Entonces, “como un elemento objetivo para las informaciones que nos eran solicitadas del Exterior y dentro del país a donde ocurrían viajeros, exploradores, industriales y hombres de ciencia, iniciamos un pequeño Museo” (Ballivián 1920: 4). En 1899 estalló la Guerra Federal entre los bandos conservador y liberal. Como resultado, el núcleo del poder político se desplazó de Sucre, asiento de las élites conservadoras, a La Paz, sede de una nueva burguesía liberal. La victoria paceña inauguró dos décadas que persiguieron la modernización del país con la riqueza producida por la minería del estaño, reconsiderando el rol del indígena en la sociedad boliviana mediante un primer indigenismo (Browman 2007a).

En este punto, las fuentes nos sugieren dos ideas distintas sobre el Museo Público. El entonces director Luis Hertzog (1946) sugiere que el museo formado por Indaburu en 1838 y aquel formado por Ballivián en 1896 son el mismo repositorio, en crecimiento y reestructuración. En cambio, Ponce Sanginés (1994), el principal arqueólogo boliviano de los años 60 a 80, indica que en 1911 ambos repositorios se fusionaron pasando a depender de la Dirección de Estadística. Es probable que se trate de dos museos, pues Crespo (1902) indica que el curador del museo de la calle Loayza era José María Lucero. En tanto, Ballivián (1920) contrató al naturalista Otto Buchtien, quien en 1907 figura como Director. De tratarse de dos espacios diferentes, desconocemos la ubicación del segundo. Sin embargo, sabemos que en ocasión del XVII Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Buenos Aires, el gobierno boliviano invitó a sus delegados a visitar las ruinas de Tiwanaku, arribando a La Paz Eduard Seler, Max Uhle, Roberto Lehmann Nitsche y Salvador Debenedetti, entre otros. En su diario de ese viaje, Debenedetti (1912) relata la visita, guiada por Ballivián, a un museo con piezas arqueológicas en el local de la oficina nacional de fomento.

En cualquier caso, para 1911 el Museo Público fue transferido de la comuna paceña al gobierno nacional, asentado en La Paz tras la Guerra Federal. El rol de la SGLP en asuntos arqueológicos incrementará en las décadas liberales, creciendo una consciencia sobre el valor de los objetos arqueológicos. Muestra de ello es el episodio que involucra a la misión arqueológica francesa de Créqui-Montfort y Sénéchal de la Grange, que tras excavar en Tiwanaku en 1903, se llevaba a Francia veintiocho bultos de piezas, acto evitado por una intervención de la SGLP (Sagárnaga 2002). La misma logró que solo la mitad de la colección partiese hacia París, donde hoy integra el Musée du Quai-Branly,

quedándose la otra mitad en el Museo Público¹. Quizá a consecuencia de ese episodio, en 1906 se emite la primera normativa de protección para sitios arqueológicos, que encarga al gobierno su cuidado y conservación, pero admite que se delegue a las sociedades geográficas (Calla y Villanueva 2017). El museo también organizó, por encargo del gobierno, las muestras bolivianas en las Exhibiciones Universales de Gante en 1913 y de San Francisco en 1915 (Ballivián 1920).

El Museo Nacional Tihuanacu (1921 – 1956). Desde los años 1910, el museo otorga importancia creciente a la arqueología. Aunque nunca deja de acopiar elementos botánicos, geológicos y paleontológicos, Ballivián indica: “Figura en nuestra instalación igualmente, cuanto en excavaciones que practicamos y en numerosas investigaciones, interesantes objetos de la prehistoria, arqueología, paleontología, etnografía, antropología, etc., cuanto era menester exhibir para formar idea cabal de Bolivia” (1920: 5). Así, Ballivián incorpora todas estas disciplinas en un intento ilustrado, erudito por comprender integralmente la geografía patria. Aparentemente, Ballivián acopió desde el museo o personalmente una valiosa biblioteca, sobre todo sobre temas de ciencia natural, que aún hoy forma parte del acervo de la biblioteca del Museo Nacional de Arqueología (MUNARQ)². Ballivián narra también que, en 1912, el congreso aprobó la compra de un terreno cercano a la Avenida 16 de julio (hoy paseo de El Prado), en el pleno centro de la ciudad, para construir un nuevo edificio para el museo, pero la autorización fue rehusada por el gobierno siguiente, que clausuró el anexo especial de Prehistoria y Arqueología organizado junto con Arthur Posnansky, ingeniero de origen austríaco cuyo rol sobre la arqueología boliviana se hacía preponderante.

Es probable que para 1920 el museo expusiese la narrativa sobre Tiwanaku y las razas prehispánicas ideada por Posnansky (Villanueva 2020). Llegado a Bolivia en 1903, trabó amistad con Ballivián y se incorporó a la SGLP, siendo delegado a los congresos de Americanistas y reconocido como un sabio arqueólogo. A la muerte de Ballivián en 1922, presidió la SGLP ese año, y luego desde 1941 hasta su fallecimiento en 1946, fundando la Sociedad Arqueológica de Bolivia (SAB) en 1930 (Browman 2007a).

En 1919, el gobierno de Gutiérrez Guerra autorizó el arrendamiento de la casa de Posnansky o “Palacio Tihuanacu”, construido en 1917 (Ponce Sanginés 1994). Sin embargo, la posición de Posnansky mejoró aún más en 1920, con el golpe de Estado del hermano de su amigo Abdón, el sociólogo y etnólogo Bautista Saavedra, cabeza del partido Republicano. Esta nueva etapa de la historia política de Bolivia mantiene los ribetes oligárquicos de la anterior, aunque con un tinte populista. Saavedra celebró el Primer Centenario de la independencia boliviana en 1925, en una época de indigenismo y nacionalismo crecientes, donde las élites adoptaban nuevos intereses hacia la historia y el

¹ Por tanto, hoy en día debería integrar la colección del MUNARQ, aunque esto no ha podido ser confirmado con certeza.

² Claudia Rivera, Com. Pers. 2020

patrimonio, mientras intentaban integrar a la población indígena a la nación (Browman 2007a). Una de las muestras más interesantes de este pensamiento es la Semana Indianista Boliviana de 1931, de cuyo énfasis telurista participa ampliamente Posnansky (Stefanoni 2012).

En 1921, el museo se traslada al Palacio Tihuanacu bajo dirección de Posnansky (Hertzog 1946), aunque la adquisición de colecciones mineralógicas en ese año, delata que la orientación mayor del repositorio sigue siendo la ciencia natural. La reglamentación de 1925 señalaba como secciones del museo la geología y paleontología, mineralogía, botánica, anatomía, zoología, antropología, etnografía, arqueología, historia general, numismática, cerámica e indumentaria (Ponce Sanginés 1994). Posnansky se aleja del museo en 1925, siendo reemplazado por Leonardo Guzmán (Sagárnaga 2002) o por Belisario Díaz Romero (Hertzog 1946), miembro de la SGLP. El museo mantiene el acopio de colecciones botánicas y fósiles, y poco se sabe de él entre 1928 y 1936, durante el preludio y estallido de la Guerra del Chaco (1932–1935), salvo una nómina de directores que incluye a Agustín Morales, Adolfo Flores, Luis Hertzog, Alberto de Villegas, José Eduardo Guerra y José Antonio de Sainz (Sagárnaga 2002). De Villegas, miembro de la SAB, asistió al arqueólogo estadounidense Wendell Bennett en sus excavaciones de 1932 en Tiwanaku, junto a Fritz Buck, Kenneth Manning, Posnansky y Luis Hertzog, cuyo hermano Enrique, futuro presidente de la República, también componía la SAB (Browman 2007a).

Tras el fin de la Guerra, asumió la dirección Maks Portugal Zamora, joven arqueólogo autodidacta de tendencia indigenista, profesor de la Escuela *Ayllu* de Warisata, fundada en 1931, de cuya experiencia nace su interés por la arqueología de la cuenca Este del Titicaca. Portugal Zamora apoyó las excavaciones del argentino Eduardo Casanova y de Bennett en 1933. El aporte principal de Portugal Zamora fue levantar el primer inventario del museo en 1938, que reunía colecciones de ciencias naturales y sociales (Portugal Ortíz 1994). El naturalista francés Jean Vellard dirigió el museo entre 1941 y 1943, siendo sucedido por Luis Hertzog, quien publica un homenaje al Centenario del Museo en 1946. A la muerte de Hertzog, le sucede el paleontólogo y antropólogo Manuel Liendo Lazarte, haciendo efectiva la adquisición de la colección privada de Agustín de Rada (Sagárnaga 2002). Liendo Lazarte y su subdirector, Gregorio Cordero Miranda, protagonizarán los avatares del museo tras la Revolución de 1952.

Los museos privados

El Museo Díez de Medina (1908 – 1962). Así, salvo un período de énfasis arqueológico comprendido entre 1915 y 1925, el Museo Nacional estuvo orientado principalmente a las ciencias naturales. Esto puede deberse a que, durante la primera mitad del siglo, existió en La Paz un notable museo privado, abierto al público y especializado en arqueología, el museo del Coronel Federico Díez de Medina. Militar de profesión, Díez de Medina descendía de una familia aristocrática y tenía una posición económica holgada.

Fue miembro de la SGLP y uno de los miembros fundadores de la SAB, de la que fue presidente honorario tras el fallecimiento de Posnansky (Browman 2007a). Apasionado por la arqueología, dejó abundantes escritos en prensa y la primera sistematización de las colecciones y museos de La Paz (1954). Por la visibilidad de su repositorio en el exterior, fundó y presidió la primera rama boliviana del Consejo Internacional de Museos (ICOM, por sus siglas en inglés).

Roy Querejazu Lewis ha realizado una semblanza de Díez de Medina y su colección (1983). En 1907 comenzó a coleccionar objetos prehispánicos realizando excavaciones en Chirapaca, su hacienda del altiplano lacustre (Browman 2007a). Su museo inaugurado en 1908, en su vivienda de la avenida 6 de Agosto (Figura 2c), creció al punto de contar en 1940 con más de 70.000 piezas, según aseveraba el propietario, quizá exagerando. Lo cierto es que la prensa boliviana, peruana y argentina resalta el orden didáctico y cronológico de su exposición, y la cuidada museografía producida por el propio Díez de Medina (Querejazu Lewis 1983).

El museo incluía las secciones de antropología (física), cerámica, metalúrgica, tejidos y lítica, además de una sección “reservada” con figuraciones fálicas y eróticas, una de paleontología y fósiles, una artística y una de armas coloniales y modernas. Según Díez de Medina (1954), su colección incluía un centenar de cráneos y una docena de momias; más de 2400 ceramios de los períodos proto-Tiwanaku, Evolutivo, de Apogeo y Culminación de Tiwanaku, 200 piezas de Cochabamba de diferentes épocas, y ceramios de Chuquisaca, Tarija, Potosí, Santa Cruz, Beni y Pando, más unos 120 ejemplares extranjeros; varios *kerus* policromos de madera, unas 4.000 piezas metálicas entre idolitos desnudos, adornos y atavíos de oro y plata, instrumentos y herramientas de cobre y bronce; tejidos prehispánicos, mayormente peruanos y otros de Copacabana y el altiplano; más de 7.000 líticos, entre esculturas de las diferentes épocas de Tiwanaku, figuras animales y *conopas*, morteros, puntas de flecha y otras armas.

Por la amplitud de la colección especializada, su orden de disposición y su museografía, el Museo Díez de Medina eclipsaba completamente al Museo Nacional. Como muestra se tiene una inscripción de Posnansky en el libro de visitas del museo. Aunque no incluye la fecha, por el texto sería de 1938 a 1940, cuando Posnansky se había alejado de la dirección del Museo Nacional. Aunque guarde por ello algún resentimiento hacia este último, el texto es elocuente:

Si alguna colección de objetos antiguos puede llamarse “museo”, ésta es la del Coronel Federico Díez de Medina. Asombra pensar que un solo hombre hubiera podido, en un espacio relativamente corto de 30 años, coleccionar y clasificar tantas y tan variadas piezas de inmenso valor histórico. Es lo más valioso que se ha reunido en Bolivia en arqueología. Lejos del hacinamiento de otras colecciones, ésta constituye un sistema orgánico y coherente, que abarca desde las armas y utensilios primitivos del hombre americano de las cavernas hasta las manifestaciones superiores de la culminación de la cultura de Tiwanacu (En Querejazu Lewis 1983: 145).

En 1958, Díez de Medina reportó haberse contactado con Carlos Ponce Sanginés y Portugal Zamora, del Consejo Municipal de Cultura, para vender su museo por 50 mil dólares. El museo, finalmente, fue expropiado tras la muerte del propietario en 1962, y trasladado al Museo Nacional (Querejazu Lewis 1983).

La colección De Rada. Se conoce que, por su calidad de coleccionista, Agustín De Rada, abogado, escritor y miembro de la SGLP (Costa Ardúz 2005), fue designado perito por el despacho ministerial en 1933, junto con Buck, para revisar la confiscada colección de la Misión Argentina de Casanova. En el voluminoso libro *Bolivia en el primer centenario de su independencia, 1825–1925* (Alarcón 1925), se consigna al museo De Rada, fundado en 1894 (Costa Ardúz 2005), como el mejor museo de arqueología de La Paz, por su ordenamiento y calidad de sus piezas, destacando la colección de materiales incaicos. Esto nos hace pensar que tal vez para entonces el Museo Díez de Medina era más reducido, o bien no estaba aún abierto a todo público. Según Cordero Miranda, la colección De Rada incluía especímenes mineralógicos, paleontológicos, numismáticos, etnográficos, arqueológicos y de arte colonial, aunque resaltaban los *kerus* de madera (Sagárnaga 2002). La colección fue adquirida por el Museo Nacional en 1941, aunque se incorporó físicamente en 1949. Incluía unas 840 piezas prehispánicas, entre 200 *kerus*, 120 piezas cerámicas, 140 metálicas, líticos, momias y cabezas reducidas (Sagárnaga 2002).

La colección Buck. Jédu Sagárnaga (1987) desarrolló la biografía de Fritz Buck, ciudadano alemán que llega a La Paz en 1928 y establece una joyería. En 1933, tasó de parte del gobierno el “Tesoro de San Sebastián”, un hallazgo de piezas de oro prehispánicas en Cochabamba, así como la colección de la Misión Argentina. Buck construyó una casa en Tiwanaku, estableciendo lazos de compadrazgo con la población local para comprar piezas, y practicar excavaciones (Sagárnaga 1987). Aunque fue miembro de la SGLP, no lo fue de la SAB, pues era seguidor de Max Uhle, el mayor rival intelectual de Posnansky. Su colección estuvo expuesta en su casa de Sopocachi, y posteriormente en la casa Bernardo, en la avenida Camacho (Sagárnaga 1987). El Estado intentó expropiar la colección Buck desde los años 50, pero no lo logró hasta décadas después de su muerte, acaecida en 1961. Entonces, su muestra pasó a formar parte del Museo de Metales Preciosos Precolombinos. La cerámica Tiwanaku de la colección Buck ha sido analizada sistemáticamente por Vettters (1993).

El museo San Calixto. El jesuita español Antonio María Sempere llegó a Bolivia en 1932 para dedicarse a la enseñanza en el Colegio San Calixto (Figura 2d), del que llegó a ser director. Fue miembro de la SGLP y la SAB (Browman 2007a; Sagárnaga 2002). Sempere formó un museo con colecciones botánicas, zoológicas, de paleontología y arqueología. A su muerte en 1978, los jesuitas donaron la colección, aunque hay disenso

sobre su destino. Sagárnaga (2002) asegura que fue entregada íntegramente al Museo Nacional de Historia Natural (MNHN), mientras según Browman (2007a) la colección arqueológica pasó al Museo Nacional de Arqueología. Asimismo, el catálogo del Museo de Metales Preciosos Precolombinos reconoce piezas –presumiblemente metálicas– catalogadas como “Sempere” (Salvatierra y Méncias 2012).

Los museos que no fueron

El Museo Municipal de Cultura Boliviana Emeterio Villamil de Rada

El gobierno Municipal de La Paz volvió a interesarse por los museos en los años 40 por influencia de Portugal Zamora, quien organizó el Museo Casa de Murillo, fundado en 1949 (Castillo 2011) y que aún hoy reproduce la vivienda del protomártir de la independencia en un inmueble colonial de la calle Jaén. El museo reunió una importante colección arqueológica, mediante los múltiples trabajos arqueológicos que Portugal realizó en la ciudad.

En 1952 estalló en Bolivia la Revolución Nacional, y las élites liberales fueron reemplazadas por una nueva intelectualidad que proyectaba el crecimiento del Estado mediante la nacionalización minera. Este movimiento se apoyó sobre los sectores indígenas y obreros, impulsando la universalidad del voto y propugnando la eliminación de las haciendas. A nivel ideológico, impulsó la tesis del mestizaje, por la cual todos los bolivianos, urbanos y campesinos, reclamaban una misma herencia, aunque las élites urbanas nacionalistas perseguían con este discurso modernizar a la población indígena incorporándola a las fuerzas “útiles” del Estado-nación (Reinaga 2001 [1970]). En el ámbito de la arqueología, aunque la búsqueda de símbolos prehispánicos de la nación boliviana databa de los años 30 (Loza 2008), fue en tiempos nacionalistas que se consolidó la idea del Tiwanaku prehispánico como emblema de orgullo nacional, fomentando el surgimiento gradual de una arqueología boliviana nacionalista, institucionalizada y estatal.

Para los años 50, la élite que sostenía a la SGLP y la SAB era una vieja oligarquía saliente, y tanto Ballivián como Posnansky habían fallecido. Como resultado, la SAB dirigida por Alberto Laguna Meave, giró hacia la corriente de arqueología “fantástica” (Browman 2007a), aunque aún incorporaba a Liendo Lazarte, Díez de Medina y Sempere, directores de los tres principales museos de arqueología. En tanto, la nueva generación de arqueólogos fue encabezada por un joven Carlos Ponce Sanginés, plenamente vinculado con el partido de gobierno. Incorporó a arqueólogos activos en los años 40, como Portugal Zamora, Cordero Miranda y Dick Ibarra Grasso, quien había contribuido a la formación de museos en Potosí, Tarija, Sucre y Cochabamba con su trabajo en el altiplano meridional y valles interandinos (Sagárnaga 2002).

Ponce abrió diferentes espacios en 1953, un auténtico “parte-aguas” para la arqueología boliviana. Con Cordero, Portugal y su esposa, la arqueóloga y etnógrafa Julia Elena Fortún, fundó el Centro de Investigaciones Arqueológicas Tiwanaku (CIAT), germen de la arqueología estatal en Bolivia (Sagárnaga 2002). Con Ibarra Grasso, convocó la Primera Mesa Redonda de Arqueología Boliviana (Ponce Sanginés 1957a), reclamando una arqueología científica, alejada de las especulaciones de Posnansky y la SAB. Esta última no participó, aunque algunos de sus integrantes, como Leonardo Branisa, Sempere, Díez de Medina y González Bravo lo hicieron a título personal (Browman 2007a).

Sin embargo, el espacio de mayor actividad de Ponce fue la Alcaldía de La Paz, donde fue Oficial Mayor de Cultura entre 1953 y 1955, dejando el cargo para partir en misión diplomática (Browman 2005). Los primeros números de la revista municipal *Khana*, editada en ese período, muestran la intención de crear un museo municipal, con secciones de arte moderno, arte popular, instrumentología, etnografía y arqueología. La base del museo sería una expedición científica a la región valluna de Charazani, planificada por Portugal Zamora. Incluso se sugiere que el Museo Tihuanacu pase a depender del nuevo repositorio municipal, opinando Ponce que dicho museo no había cumplido ninguna función social en sus años de existencia (HAM 1953). Para 1954, existe la Ordenanza municipal para crear el Museo de la Cultura Emeterio Villamil de Rada (Gutiérrez 1954), que se alojaría en la casa del Conde de Arana (HAM 1954), inmueble colonial situado en plena esquina de la Plaza Murillo (Figura 3a). Para la sección precolombina del museo, se incorporaría la colección Buck. La estructura del Consejo Municipal de Cultura incorporaba al conservador del Museo Casa de Murillo y al Director del Museo Villamil de Rada (Gutiérrez 1954b). El repositorio no se mencionará de nuevo y nunca existió, pero demuestra el ímpetu con el que una nueva generación de arqueólogos intentó abordar la museística desde el municipio paceño.

El Museo Buck y Díez de Medina

Este proyecto museístico se origina en el fallecimiento, casi simultáneo, de los dos principales coleccionistas privados de arqueología de La Paz: Buck en 1961 y Díez de Medina en 1962. Los nuevos arqueólogos de la alcaldía municipal habían entablado tratativas con ambos coleccionistas en los años 50; como se mencionó, las negociaciones con Díez de Medina no llegaron a buen puerto. En el caso de Buck, se intentó expropiar la colección entre 1953 y 1957, y el propietario llegó a llevarse parte de la colección a la región sub-tropical de yungas para evitar la expropiación, cosa que logró hasta su muerte. Antes de morir, entregó su colección al Goethe Institut, que la traspasó a la Embajada de Alemania en Bolivia. En 1974, los gobiernos boliviano y alemán acordaron la cesión de la colección Buck, a cambio de que se albergase en un nuevo inmueble. La colección fue catalogada por Max Portugal Ortíz y Gloria Terrazas de la parte boliviana y Albert Meyers, arqueólogo de la Universidad de Bonn, encomendado por la embajada alemana, arrojando el número de 3834 piezas, entre 1600 ceramios, 1400 piezas metá-



Figura 3. Inmuebles donde se proyectaron museos en La Paz. (a) Casa de los Condes de Arana, hoy Museo Nacional de Arte, donde debía emplazarse el Museo Emeterio Villamil de Rada. (b) Plazoleta Reyes Ortiz en la calle Federico Suazo, donde debía emplazarse el Museo Buck y Díez de Medina (Fotos: J. Villanueva).

licas de oro, plata y cobre, más de 400 líticos, óseos, cestería, maderas, mates y tejidos (Sagárnaga 1987).

Para entonces la colección Díez de Medina había sido expropiada a los herederos del Coronel, pasando al Museo Nacional. Según un informe de 1981, la colección tenía 20.542 piezas, más 171 piezas de oro y 34 de plata destinadas al Museo de Metales Preciosos Precolombinos (Querejazu Lewis 1983). En ese contexto, surgió la iniciativa de crear un nuevo museo, llamado Buck y Díez de Medina, para albergar ambas colecciones. Incluso se decretó la expropiación de un inmueble ubicado en la plazoleta Reyes Ortíz, sobre la calle Federico Suazo (Figura 3b), a una cuadra del Museo Nacional de Arqueología. Por razones que desconocemos, el proyecto no prosperó, y la colección Buck no formaría nunca parte de las colecciones del Museo Nacional.

Los museos que son

El Museo Nacional de Arqueología (1957 – presente)

Antes de su partida a México, en 1954, Julia Elena Fortún había creado el Departamento de Folklore al interior del Ministerio de Educación. A su retorno en 1957, el mismo se ampliaría a Departamento de Arqueología, Etnografía y Folklore, incorporando al Museo Nacional Tihuanacu (Ponce Sanginés 1957b; Sáenz 2017). El Consejo Consultivo de Arqueología encabezado por Fortún, incluía a Ponce, Cordero, Portugal Zamora, Díez de Medina y Laguna Meave, una combinación de viejos y nuevos arqueólogos, o de “fantásticos” y “científicos”, en palabras de Browman (2007a). El ministro de Educación era Fernando Díez de Medina, hijo del coronel Federico, con lo que la entidad se debatía entre actividades propiamente arqueológicas y otras más cercanas a la vieja SAB, como la publicación de *Tihuanacu: la cuna del hombre americano*, en homenaje a Posnansky. El Museo Tihuanacu estaba dirigido por Liendo Lazarte y subdirigido por Cordero, y realizaba misiones arqueológicas de campo, además de acopiar las colecciones de investigación de misiones extranjeras como la de Stig Rydén (Ponce Sanginés 1957b). En 1958, el CIAT dirigido por Ponce pasó a funcionar junto al museo, en el Palacio Tihuanacu (Figura 4a).

En 1961 el Museo Nacional se especializó con el nombre de Museo Nacional de Arqueología (MUNARQ). Caveró (2006) sugiere que las colecciones no arqueológicas pasarían al Museo Nacional de Arte (MNA), a la Casa de Murillo, al Museo de Cochabamba y al Museo del Instituto Médico de Sucre. Asimismo, el MNHN incorporó la colección paleontológica Echazú, antes propiedad del Museo Nacional³, mientras las colecciones etnográficas pasaban a otro repositorio especializado, germen del Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF). El primer Director del MUNARQ fue el mismo Gregorio Cordero, ejerciendo el cargo hasta su muerte en 1979 (Sagárnaga 2002).

³ <http://www.mnhn.gob.bo/historia.php>

Según Castillo (2011) la motivación para crear estos repositorios se encuentra en las denuncias de exportación de bienes culturales. Esto puede ser cierto, aunque la fecha sugerida de 1975–85 parece tardía. Los arqueólogos nacionalistas impulsaron los decretos de Patrimonio Cultural Boliviano y Patrimonio Arqueológico en los 60, prohibiendo su exportación al exterior (Browman 2005). El Instituto Nacional de Arqueología (INAR), la primera entidad estatal arqueológica de alcance nacional, fue creado por Ponce en 1975, englobando a los Centros de Investigación Arqueológica de Tiwanaku, Iskanwaya, Samaipata y Copacabana, más el MUNARQ. Este último agrandó sus colecciones mediante los trabajos ejecutados y fiscalizados por el INAR (Sagárnaga 2002). El museo cerró por remodelación entre 1977 y 1983, incorporando la colección Díez de Medina en una narrativa cronológica moderna, y fue dirigido por Max Portugal Ortíz desde 1979 (Browman 2007b) y por César Velásquez desde 1985.

Para entonces, mientras Ponce detenía su actividad arqueológica para dedicarse a tareas políticas (Browman 2005), los años nacionalistas acababan. Los ideales del 52 habían sido tergiversados por dos décadas de dictaduras militares, a cuyo término, en 1982, un país arruinado sufrió la mayor crisis económica de su historia. Para sobrellevarla, el mismo partido revolucionario, el MNR, terminó inaugurando la etapa neoliberal en los 90. A la vez, la narrativa monolítica del origen boliviano se quebró ante la presión de los pueblos indígenas de tierras altas y bajas, abriendo el camino hacia la Bolivia pluricultural y multilingüe.

El “achicamiento del Estado” neoliberal anuló la práctica arqueológica estatal, reemplazada por nuevos actores como la arqueología académica de la UMSA, los proyectos extranjeros y la arqueología de contrato. En 1997, el INAR se fusionó con el Instituto Nacional de Antropología en la Dirección Nacional de Antropología y Arqueología (DINAAR). Tres años después, bajaba al rango de Unidad Nacional de Arqueología (UNAR) (Sagárnaga 2002). El director del Museo se convirtió en un funcionario encargado, cargo ocupado por Velásquez hasta el ascenso del Movimiento al Socialismo (MAS) en 2006.

En 2009, el repositorio pasó a integrar el nuevo Ministerio de Culturas, siendo intervenido y cerrado para un nuevo inventario y remodelación. En 2014, reabrió con una colección catalogada en 21 000 piezas y la muestra permanente “Orígenes de la Diversidad” (Ballivián 2014), que reconoce las trayectorias múltiples de las sociedades de diferentes regiones del país. Se compone de una sala sobre el desarrollo social desde el período arcaico en los valles, tierras bajas y altiplano, y otra dedicada específicamente a la cultura de Tiwanaku, que se enfoca de modo preponderante como símbolo del Estado moderno (Rivera 2019). En años recientes, el MUNARQ mejoró sus equipamientos para conservación y exposición, generando muestras temporales y publicaciones. Lamentablemente, fue intervenido nuevamente por el gobierno transitorio de Jeanine Áñez a mediados de 2020, ante el cierre del Ministerio de Culturas y Turismo. Muy recientemente, tras el retorno del MAS al poder en las elecciones de octubre de 2020, el



Figura 4. Los actuales museos que presentan materiales arqueológicos en La Paz. (a) Museo Nacional de Arqueología, en el “Palacio Tihuanacu”. (b) Museo de Metales Preciosos Precolombinos, en la calle Jaén. (c) Museo Nacional de Etnografía y Folklore, en la Casa Villaverde (Fotos: J. Villanueva).

MUNARQ pasó a depender del reestructurado Ministerio de Culturas, Descolonización y Despatriarcalización.

El Museo De Metales Preciosos Precolombinos (1983 – presente)

El Museo Casa de Murillo organizado por Portugal Zamora en los 40, fue el único repositorio municipal tras abandonarse el proyecto del Museo Villamil de Rada. Según Sagárnaga (2002), la idea de un museo de metales preciosos fue concebida en 1972 por Ponce. En 1976, la alcaldía paceña firmó un convenio con el INAR para su creación, expropiando un inmueble en la calle Jaen (Figura 4b), frente a la Casa de Murillo. El museo estaba concluido en 1983, pero el INAR continuaba haciendo observaciones, sobre to-

do en el rubro de seguridad. Como resultado, la alcaldía conversó con la Embajada de Alemania para hacerse con la colección Buck, que no había pasado al MUNARQ por el fracaso del proyecto Buck y Díez de Medina. La embajada accedió, siempre que la alcaldía habilitase una sala para exhibir el material no metálico de la colección, en calidad de custodia hasta que el INAR consiguiese un inmueble (Sagárnaga 1987). Así, toda la colección Buck pasó a manos del municipio, cuyo Museo de Metales Preciosos Precolombinos (MMPP) abrió en 1983 a la cabeza de Carlos Urquizo Sossa. Actualmente forma parte del sistema de Museos Municipales, junto al Museo Costumbrista, la Casa de Murillo y el Museo del Litoral Boliviano.

Existen en el museo piezas de la colección Sempere, así como otras clasificadas como colección "Museos Municipales". Según Salvatierra y Méncias (2012), estas últimas pertenecieron al Museo Villamil de Rada. En realidad, son las piezas recolectadas por Portugal Zamora, resguardadas en la Casa de Murillo hasta los 80. No se trata solo de piezas metálicas, pues publicaciones de la alcaldía municipal (Lémuz y Aranda 2008) presentan ceramios del MMPP que figuran en las tempranas publicaciones de Portugal (1957). El museo incluye los bienes metálicos de las colecciones del CIAT y de Díez de Medina, el "Tesoro de San Sebastián", y otras colecciones privadas como las de Mario Mercado y Medina Velasco.

Debido a su limitado presupuesto y personal, su museografía ha cambiado poco desde los 80, aunque la misma, vanguardista para la época por su técnica de caja oscura con iluminación dirigida, sigue resultando atractiva. Posee una sala de introducción a la metalurgia, la sala de plata, cobre y bronce, la sala de oro, y otra que exhibe los materiales no metálicos de la colección Buck. Incorpora también tallas líticas de la colección Buck y del templete de Miraflores (Sagárnaga 2002), un museo al aire libre planificado por Posnansky y erigido delante del Stadium Hernando Siles en los 40, para exhibir la estela descubierta en Tiwanaku por Wendell Bennett. Aunque Hertzog (1946) incluye esta instalación en el Museo Nacional Tihuanacu, cuando la estela Bennett retornó a Tiwanaku en 2002, algunas piezas del templete se remitieron al MMPP.

El Museo Nacional de Etnografía y Folklore (1962 – presente)

Existen varios escritos sobre la historia del MUSEF (Eyzaguirre 2012; Rattunde 2017; Ruiz et al. 1987; Villanueva 2020), por lo que recopilaremos rápidamente sus primeras décadas, para enfocarnos en las últimas tres, cuando empezó a incorporar colecciones prehispánicas. La primera institución pública de etnografía es el Departamento Científico de Etnografía del Museo Nacional Tihuanacu, creado por el presidente Saavedra en los años 20 (Ruiz et al. 1987). Sin embargo, es después de la Revolución Nacional que Julia Elena Fortún impulsa la creación de un museo (Sáenz 2017). Aunque argumenta a favor de la creación de un repositorio de artes populares en la alcaldía paceña (Fortún 1956), encuentra más eco desde el Departamento de Folklore del Ministerio de Educación, remitiendo al ministro el artículo "Necesidad de organizar un Museo de Ar-

te Popular” (Eyzaguirre 2012). En otro lugar, argumentamos que el interés por separar el pasado prehispánico del presente etnográfico, popular y folklórico, delata el doble discurso del nacionalismo revolucionario hacia lo indígena: es una fuente de orgullo pretérito, pero es también ese “otro” contemporáneo que se debe folklorizar para integrarlo al proyecto modernizador del Estado-nación (Villanueva 2019). De cualquier modo, el lugar idóneo para el nuevo museo según Fortún era la casa Villaverde en la calle Ingavi (Figura 4c). Este inmueble había sido adquirido por el Ministerio de Educación en 1948 (Eyzaguirre 2012), y en él se ubicó, a impulso del pintor Cecilio Guzmán de Rojas, la Pinacoteca Nacional (Iñiguez 1989). Desplazada por el nuevo museo de arte popular, la misma se establecería en la casa de los Condes de Arana, formando el actual MNA.

El nuevo Museo de Arte Popular y Artesanías comienza a funcionar en 1962, dirigido por el sociólogo rural Manuel de Lucca, quien recibe piezas del Museo Tiwanaku (Ruiz et al. 1987), incluyendo, según Eyzaguirre (2012), algunas de la colección Diez de Medina. Entre 1962 y 1969, el director Luis Zeballos Miranda consolida el museo, agrandando las colecciones mediante “exposiciones-venta” y concursos de núcleos artesanales (Ruiz et al. 1987). La dirección de Hugo Daniel Ruiz inicia en 1969, y durante veinticinco años orientará al museo hacia el estudio etnográfico, formando las colecciones Chipaya, Ayoréode, Araona, Moxos, Mataco-Noctene, Chapaco y Yampara, entre otras (Ruiz et al. 1987). En 1974 el museo pasa a custodia del Banco Central de Bolivia con el nombre de Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF).

La primera catalogación extensiva del museo data de 1996, durante la incorporación del repositorio a la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia (FC-BCB), que culmina en 1997 asumiendo la dirección Elizabeth Torres, en cuya gestión se amplía radicalmente la infraestructura del museo, inaugurada en 2005. La colección prehispánica del MUSEF incluye unas 6000 piezas entre unos 3600 ceramios, mil textiles, 800 metales, 400 líticos y decenas de maderas, cestería y arte plumario. Son una porción menor de la colección total de más de 33 000 piezas. Sin embargo, hasta 1996, el MUSEF albergaba apenas unos 200 ejemplares prehispánicos. Desde su incorporación a la FC-BCB, se han adquirido y recibido donaciones de varias colecciones privadas, destacando más de 800 textiles y herramientas óseas de la colección Verwhilgen en 1996 y 2003; 2800 piezas cerámicas Yampara, Ciaco, Mollo, Mojocoya, Yura, Huruquilla, Cinti y Tiwanaku, más ejemplares peruanos, de la colección José T. Kawai en 2005; 320 piezas metálicas, sobre todo de oro y plata, de la colección Ballivián en 2011; y más de 160 ceramios y textiles de Alfredo La Placa en 2015.

Este fenómeno es un síntoma de las mejores capacidades técnicas y financieras del MUSEF en comparación con repositorios ministeriales y municipales, pero también denota el giro hacia una presentación integral de las trayectorias culturales diversas del país, enraizadas en tiempos prehispánicos. Esta tendencia se vincula con el creciente reconocimiento de la diversidad, que culminó, tras el agotamiento neoliberal, con el

ascenso al poder de Evo Morales y el MAS. En 2009, Bolivia adquiere el carácter de Estado Plurinacional, implicando el reconocimiento ancestral de las naciones indígenas, originarias y campesinas, y la valoración de sus usos y costumbres.

Paralelamente, el MUSEF ha implementado exposiciones que hacen uso de materiales prehispánicos, combinados con bienes coloniales y etnográficos para construir narrativas de larga duración. “Tres Milenios de Tejidos” en 2004, “Arte plumario: culturas y diversidad” y “Cerámica: continuidad, cambio y persistencia” en 2006, hicieron uso de estos materiales durante la gestión de Torres. Bajo dirección de Ramiro Molina, la muestra “Caminantes en el Tiempo” de 2010, pensada como una historia larga de las sociedades bolivianas, incluyó piezas prehispánicas del MUSEF y préstamos del MUNARQ. Estos materiales también fueron usados extensamente durante la gestión de Elvira Espejo, empleando el concepto de cadena operatoria para revalorizar los saberes prácticos locales. El estudio de materiales y técnicas permitió rastrear continuidades y cambios a lo largo de secuencias largas, tendiendo puentes materiales entre presente y pasado (Villanueva 2020). Las principales exposiciones del MUSEF entre 2013 y 2019 fueron “Tejiendo la Vida”, “Moldeando la Vida”, “El Poder de las Plumas”, “Alianzas de Metal”, “Fibras Vivas”, “Almas de la Piedra” y “Vistiendo Memorias”.

Cuatro lecturas al cierre

Vistos los pormenores de esta historia de los museos paceños, consideramos que solo puede entenderse desde el entrecruzamiento de diversos fenómenos. Proponemos cuatro lecturas que no deben entenderse como alternativas para la comprensión de los museos paceños de arqueología, sino como lecturas que se complementan inevitablemente y forman parte de un panorama integral de desarrollo de estas instituciones.

Una primera lectura de la historia que presentamos es lineal, y considera la creciente institucionalidad de la museística paceña y boliviana. Es la historia de una serie de colecciones privadas que confluyen en tres grandes repositorios públicos, mientras los gobiernos nacionales y municipales generan propuestas museológicas cada vez más sofisticadas. Es también la trayectoria de un interés creciente por el patrimonio arqueológico, con una normativa cada vez más abarcadora para prevenir el expolio de la riqueza arqueológica nacional. Esa historia no carece de fracasos, como los museos que no fueron, o las muchas colecciones que pasaron a engrosar museos o colecciones privadas extranjeras. Sin embargo, sigue una tendencia hacia el crecimiento y la mejora de las propuestas museísticas.

La segunda lectura es de competencias y tensiones entre las instituciones centrales o nacionales y municipales. Desde esta, un museo que era patrimonio del municipio paceño es transferido a un ministerio en los 1890, o un gobierno municipal aprovecha la inoperancia de un ministerio para captar una colección y crear un nuevo museo, el MMPP, en los 1980. La tensión no es constante a lo largo de la secuencia, y podría decirse que fi-

guras que operaron en ambos ámbitos, como Ballivián en 1910, o Fortún y Ponce en los 1950, desencadenaron algunos de los eventos más fructíferos de la museística boliviana, como el Museo Tihuanacu, el MUNARQ o el MUSEF. Del mismo modo, operando casi al margen de esa tensión, el Museo Díez de Medina supo entregar una propuesta museística longeva y de alta calidad, ampliamente reconocida.

Una tercera lectura es el reemplazo gradual de una generación y mirada por otra. Así se dibuja el ascenso, auge y decadencia de los Ballivián, Posnansky, Buck, Sempere y Díez de Medina, de la SGLP y la SAB, asumiendo y abandonando el poder político, y su reemplazo por la generación de los Cordero, Fortún y Ponce, adjuntos a un nuevo poder político, abriendo espacios nuevos y luego cooptando los antiguos. En la Primera Mesa Redonda de Arqueología Boliviana, o en el Consejo Consultivo de Arqueología, vemos convivir a ambos grupos, unos despidiéndose y los otros arribando, y vemos con la muerte de los viejos coleccionistas la proyección de nuevos destinos para sus colecciones. También encontramos en personajes como Liendo o Portugal Zamora figuras de transición entre el fin de la era liberal y el inicio del nacionalismo. Este reemplazo no es solo generacional, sino que subraya las relaciones inevitables entre el mundo intelectual y la política.

Y en base a los usos políticos del pasado, se propone una cuarta lectura basada en ciclos u oleadas. En aquellos momentos de la historia con proyectos concretos de país, la importancia de los museos crece. Por ejemplo, el Museo Nacional de Manuel Vicente Ballivián durante el optimismo modernizador liberal, tras la Guerra Federal. O el Museo Nacional de Arqueología, reivindicando el origen patrio durante el auge del nacionalismo revolucionario. O quizá el MUSEF, presentando diversas trayectorias históricas largas y saberes locales en pleno auge de la Bolivia Plurinacional. Es en estos momentos donde las dimensiones discursivas de la “bolivianidad” estatal se entrecruzan exitosamente con la infraestructura e institucionalidad cultural de una ciudad como La Paz, que sigue siendo la sede de gobierno de Bolivia y el lugar donde se asientan la mayor parte de las instituciones dedicadas a la arqueología⁴.

En contraste, los museos decaen en tiempos críticos y extraviados, cuando los proyectos de país colapsan: durante las guerras del Pacífico y del Chaco, durante la hiperinflación de los años 80, o en los tiempos recientes de crisis política, gobiernos transitorios y pandemia, durante los cuales el MUNARQ, heredero de un repositorio creado en 1838 y de todos sus avatares, se mantuvo cerrado a la espera de días mejores.

⁴ Además del Ministerio de Culturas, Descolonización y Despatriarcalización del Estado, y por tanto la Dirección General de Patrimonio Cultural y la Unidad de Arqueología y Museos, en La Paz se asienta la Carrera de Arqueología de la Universidad Mayor de San Andrés, la única que forma profesionales en arqueología en Bolivia.

Referencias

Alarcón, Ricardo

1925 *Bolivia en el primer centenario de su independencia: 1825–1925*. Nueva York: The University Society.

Ballivián, Julio

2014 *Museo Nacional de Arqueología: Exposición Los orígenes de la Diversidad*. La Paz: Ministerio de Culturas y Turismo.

Ballivián, Manuel Vicente

1920 Exordio. *Anales del Museo Nacional de Bolivia* 1:3–5.

Browman, David

2005 Carlos Ponce Sanginés, Godfather of Bolivian Archaeology. *Bulletin of the History of Archaeology* 15(1):16–25.

2007a History of Bolivian Archaeology: Max Portugal Ortiz. *Bulletin of the History of Archaeology* 17(1):40–42.

2007b La Sociedad Arqueológica de Bolivia y su influencia en el desarrollo de la práctica arqueológica en Bolivia. *Nuevos Aportes* 4:29–54.

Calla, Sergio y Juan Villanueva

2017 Arqueología de contrato, estudios de impacto y gestión patrimonial en Bolivia. En: J. R. Pellini (ed.), *Arqueología Comercial*, pp. 117–142. Madrid: JAS Arqueología.

Castillo, Luz

2011 Museos, patrimonio y gestión: Activación cultural de los museos de La Paz. Tesis de Magister en Ciencias Sociales para el Desarrollo con mención en Estudios rurales y urbanos. La Paz: Universidad Para la Investigación Estratégica en Bolivia.

Cavero, Margot

2006 *Museología General*. La Paz: Ediciones CIMA.

Crespo, Luis

1902 *Monografía de la ciudad de La Paz de Ayacucho, Tomo Primero*. La Paz: Taller Tipográfico y Litográfico Ayacucho.

Debenedetti, Salvador

1912 *Excursión del XVIIo: Congreso Internacional de Americanistas a Bolivia y Perú (del diario de viaje)*. Buenos Aires: Imprenta Coni Hermanos.

Diez de Medina, Federico

1954 *Museos Arqueológicos y Colecciones de La Paz*. La Paz: Imprenta Artística.

Eyzaguirre, Milton

2012 Historias doradas: Estrategias de sobrevivencia y expansión. En: Ramiro Molina (ed.), *Catálogo 50 Años del MUSEF*, pp. xvi–xxx. La Paz: MUSEF Editores.

Fortún, Julia Elena

1956 Sistematizando nuestro folklore. *Khana* 19-20:230–235.

Gutiérrez, Juan Luis

1954a Ordenanza de creación del Museo de la Cultura Boliviana. *Khana* 7-8:212–217.

1954b Ordenanza de creación del Museo de la Cultura Boliviana “Emeterio Villamil de Rada”. *Khana* 3-4:169–173.

Hertzog, Luis

1946 *Primer Centenario del Museo Nacional “Tihuanacu”*. La Paz: Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas.

Honorable Alcaldía Municipal de La Paz

1953 Concejo Municipal de Cultura. *Khana* 1-2:131–141.

1954 Notas varias: Expropiación de la casa de Conde de Arana. *Khana* 3-4:179–180.

Iñiguez, Gonzalo

1989 La formación Museológica en Bolivia. *Khana* 43:10–13.

Lémuz, Carlos y Karina Aranda

2008 *Mapa de áreas arqueológicas potenciales del valle de La Paz*. La Paz: Gobierno Municipal.

Loza, Carmen Beatriz

2008 Una “fiera de piedra” Tiwanaku, fallido símbolo de la nación boliviana. *Estudios Atacameños* 36:93–115.

Ponce Sanginés, Carlos

1957a Actividades antropológicas en Bolivia. *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana* 19-20:11–17.

1957b (ed.) *Arqueología Boliviana (Primera Mesa Redonda)*. La Paz: Biblioteca Paceña – Alcaldía Municipal.

1994 *Arthur Posnansky: Biografía Intelectual de un Pionero*. La Paz: Producciones CIMA.

Portugal Ortíz, Max

2005 [1994] Reseña de la obra del Profesor Maks Portugal Zamora. *Nuevos Aportes* 2:3–14.

Portugal Zamora, Maks

1957 Arqueología de La Paz. En: Carlos Ponce Sanginés (ed.), *Arqueología Boliviana (Primera Mesa Redonda)*, pp. 343–403. La Paz: Biblioteca Paceña – Alcaldía Municipal.

Juan Villanueva Criales

Querejazu Lewis, Roy

1983 *El Mundo Arqueológico del Cnl. Federico Díez de Medina*. La Paz y Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Rattunde, Naomi

2017 *¿Museos Plurinacionales? Transformaciones en los Museos Nacionales de Bolivia*. Tesis de Maestría. Bonn: Rheinische Friedrich-Wilhelms Universität.

Reinaga, Fausto

2001 [1970] *La revolución india*. La Paz: Ediciones Fundación Amautica Fausto Reinaga.

Rivera, Claudia

2019 Los museos y su rol como difusores del pasado prehispánico en Bolivia: un estado de la cuestión. *Chungara* 51(2):219–238.

Ruiz, Hugo Daniel, Álvaro Díez Astete y Luis Oporto

1987 *Una puerta abierta a la cultura boliviana: 25 años al servicio de la Nación*. La Paz: MUSEF Editores.

Sáenz, Virginia

2017 Semblanza de una boliviana: Julia Elena Fortún. En: Walter Sánchez y Claudia Rivera (eds.), *Otras miradas*, pp. 35–70. Cochabamba: INIAM-UMSS.

Sagárnaga, Jédu

1987 *Fritz Buck: Un hombre, una colección*. La Paz y Cochabamba: Los Amigos del Libro.

2002 *Diccionario de la Cultura Nativa en Bolivia*. La Paz: Ediciones CIMA.

Salvatierra, Dagner y J. Méncias

2012 *Museo de Metales Preciosos Precolombinos: Guardián de Tesoros Prehispánicos*. La Paz: Gobierno Autónomo Municipal.

Stefanoni, Pablo

2012 Jano en los Andes: buscando la cuna mítica de la nación: Arqueólogo y maestro-sen la Semana indianista boliviana de 1931. *Ciencia y Cultura* 29:51–81.

Vetters, Marianne

1993 *Die Keramik aus Tiwanaku in der Sammlung Fritz Buck*, La Paz. Tesis de Maestría. Berlin: Freie Universität Berlin.

Villanueva, Juan

2019 De lo precolombino a las cadenas operatorias: El Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF) de Bolivia en perspectiva histórica. *Chungara* 51(2):201–217.

2020 El Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF) de Bolivia: Historia, esfuerzos y desafíos. En: C. Jaimes, K. Noack y N. Rattunde (eds.), *Global turns, descolonización y museos*, pp. 121–139. La Paz: Bonner Altamerika-Sammlung und Studien – Plural Editores.